

El Jardín Japonés

Tamara era brillante o, al menos, eso creía ella y el resto de sus compañeros en el Liceo Alemán del Verbo Divino, en Los Ángeles (Chile), hasta que Jomei Yagami llegó.

Era principios de marzo de 2015, el primer día de clases de primero medio para Tami y sus amigos, cuando se encontraron por primera vez con el chico pálido, de liso pelo negro y ojos rasgados, que aguardaba formalmente de pie junto a la ventana, a que las clases iniciaran.

Nada más voltearse y verle, Martín Rojas, el descarado, preguntó:

-¿Y este chino quién es?

-Pregunta más bajo, Martín- lo retó Rodríguez, el caballero de la generación, mientras el resto del curso contenía la respiración.

-¿Y qué tanto? Ni que el chino fuera a responderme.

Pero sí le respondió. El mal llamado “chino” se acercó a quienes se apelotonaban en la puerta, una mano en el bolsillo del pantalón, la otra extendida y, con una educada sonrisa, se la ofreció a Martín, diciendo:

-Hola, soy Jomei y soy tan chileno como vo’.

Cómo rieron los demás. El mismo Martín rio y saludó al delgado nuevo alumno con ánimo, al tiempo que Agustina Zamora, la metiche, se disponía a sonsacarle toda su información personal:

-Cuéntanos, Jomi...

-Jomei.

-Ay, Jomi suena más bonito- rio, ignorándolo-. ¿De dónde vienes?

-De Yokohama.

-¿Tami?- se volteó hacia nuestra joven estrella- ¿Eso dónde queda?

-En China, po’, Agu- contestó Martín- ¿No le viste la cara?

-Queda en Japón- corrigió Tamara con una humilde voz de sabia.

-Mira tú. Chokomaha...

-Yokohama- rectificó Jomei.

-Ni sabía que existía- fue todo lo que contestó Agustina y luego, sentándose en la mesa, volvió a la carga con las preguntas: -Ya po’, Jomi, dinos... ¿cómo es que un chino...?

-Japonés.

-¿...Un chino, como tú- reiteró ella-, terminó aquí en Chile?

-¡Y hablando chileno!- añadió Martín.

-Fácil. Mi papá es japonés, pero mi mamá es de aquí.

-¿De aquí dónde?

-De Los Ángeles.

-¡Oooh! ¿Cómo se llama tu mami?

-Julieta.

-¿Julieta cuánto?

-Julieta Varela.

-Ah, no la cacho.

-No po', agilá. ¿No viste que estuvo en Chokobamba todo este rato?

-Yoko...

-Ay, sí, verdá- volvió a reír ella-. Que soy volá.

Jomei suspiró para sus adentros mientras el resto del curso reía ante tanta tontería. Tras esa pausa, el aluvión de preguntas de Agustina no terminó hasta que llegó la profesora, momento para el cual ya se sabía la dirección actual y pasada de Jomei, su RUT y clave de celular. Todos interesantísimos datos que solo ella recordaría, pues el cotorreo y los chismes eran lo único para lo que Agustina tenía memoria, eso bien lo sabía Tamara. Por eso, una vez que las preguntas básicas y esenciales sobre Jomei quedaron respondidas, la genio de la clase se apartó del cotilleo y se arrumbó en una de las mesas de la segunda fila.

Para ella, Jomei solo era el nuevo alumno oriental, nada más.

Aunque ustedes no lo crean, Tamara no era una niña popular en el Liceo. El único momento en que la llamaban y le sonreían era a la hora de buscar pareja para un trabajo o necesitar ayuda con los ejercicios y las tareas. Ahí, la joven, dándoselas de solidaria, respondía a todo cuanto sus compañeros le solicitaran, a cambio de elogios y aplausos.

-Ay, Tami- le decía Agustina-. ¡Erí tan seca!

-Lo sé, lo sé- se decía Tamara para sus adentros, satisfecha.

Para ella no había nada mejor que la admiración y la fama, ¡lástima que fueran tan efímeras! Desgraciados eran, sin duda, los días en que no podía jactarse de su inteligencia, siendo el recreo, por cierto, el momento más solitario que conocía.

De haber querido, Tamara hubiera hecho amigos con los hombres, pues no había año que Rodríguez no la invitara a jugar con ellos al fútbol o las quemadas, pero la respuesta era siempre la misma:

-Lo mío son los libros, no las pelotas.

De modo que la soledad era todo lo que le quedaba. La soledad y pasar tiempo con su mejor amigo, el Padre Willbrand.

Verán, cada lunes, el Liceo Alemán celebraba una breve misa a cancha abierta con los discípulos de la escuela. Ahí, los cinco curas de la institución se turnaban en leer las escrituras y el único al que todos realmente tomaban en cuenta era al Padre Willbrand, un hombre con varios kilos de sobra, que compensaba la ausencia de su cabello con una profusa y esponjosa barba gris. Vestía de negro y usaba bastón. A simple vista se confundía con un hombre decrepito, aunque de todos los sacerdotes, él era el menor y los niños sabían bien que era joven de corazón.

Los curas ahí hacían misa, observaban complacidos el jugar de los alumnos en el recreo y visitaban las aulas con frecuencia para inflamar en ellos la bondad y la esperanza, aunque el único que verdaderamente consiguiera inspirarles estos valores fuera Willbrand. Bueno, a todos menos a Martín Rojas. En Tamara, sin embargo, tenía a una gran admiradora.

Sola, como ya dijimos, la joven acudía a su capilla a hablarle de sus penas.

-Padre, no sabe lo que es sentirse distinta... Padre, ¿sabrás usted lo que es vivir sin amigos?... Padre...

El Padre sabía más de lo que le gustaría, pero nunca se cansaba de oír a su feligresa y recomendarle (si alcanzaba a interrumpirla en su perorata) acciones de buena voluntad con las cuales redirigir su vida. No obstante, cuando ese año Tamara vino con la vieja historia de:

-Padre, no tiene idea de lo que es sentirse sola.

El Padre Willbrand arqueó una ceja e iluminado por un rayo multicolor que cruzó las ventanas vidriadas de la capilla, le dijo:

-Bueno, Tamara, confío en que este año el Señor apartará de ti esa falta.

-¿Padre?

-Sí- asintió él-. ¿A tu clase no llegó Jomei Yagami? ¿El jovencito de Yokohama?

-¿S-s-s-í? ¿Por qué?- Tamara odiaba que hablaran de otra persona mientras ella se confesaba.

-Bueno- se encogió de hombros el Padre-, quizá el Señor al fin ha oído tus plegarias y te ha enviado a un amigo para alegrar tus días.

-Mmm- rumió Tamara.

“Mmm...- pensó luego- Un amigo, ¿o una competencia?”

Lo cierto es que la muchacha no hubiera cavilado en aquello si justo el día anterior, cuando pidieron a un voluntario para resolver una ecuación en la pizarra, Jomei no se hubiera ofrecido.

Pedir a un voluntario era algo clásico en matemáticas. Tras perder la mitad de la clase escribiendo veinte ecuaciones en el pizarrón, Miss Bertha se sentaba pesadamente en la minúscula silla del profesor, esperaba unos cinco minutos y luego, levantaba el plumón, invitando a resolver el primero de los ejercicios. Como era de esperarse, nadie se ofrecía. Tamara tampoco lo hacía. No, ella debía esperar a que le rogaran que se presentara, cosa que siempre ocurría... hasta ese día.

Tan pronto Miss Bertha terminó de hacer la pregunta y hubo levantado el plumón en sus regordetes dedos, Jomei se alzó de su pupitre y resolvió la primera, segunda, tercera... todas las ecuaciones de un soplo hasta dejar a la misma Tamara boquiabierta.

En cuanto se verificaron los resultados, las ovaciones no tardaron en llegar y Martín, sentado detrás de Tamara, se inclinó y le advirtió:

-Cuidado, Tami, ya sabes lo que dicen: los chinos son genios y este vino a destronarte.

-Nah, pero qué mentiras.

Pero no fue mentira.

Pronto, Jomei no solo igualó a Tamara en notas, sino que se ganó la adoración de sus compañeros y profesores, que no se cansaban de llenar su hoja de vida con anotaciones positivas. ¡Tuvieron que coserle más hojas al libro de clases solo para seguir escribiéndoselas!

-“Alumno con modales sobresalientes”, “alumno limpia la sala sin que se lo pidan”, “¡alumno ayuda a sus compañeros y al profesor a resolver la tarea!”... ¿Puede creerlo, Padre?- se quejaba Tamara.

-¿Que el profesor no sepa resolver ni su propia tarea? Bueno, ciertamente eso es una sorpresa.

-¡No!- se exasperó la muchacha- Digo... ¡de mí no se ha escrito ninguna de esas cosas y le aseguro que soy tan buena como él! Soy mejor, de hecho. Mi

promedio sigue siendo el más alto en toda la generación. ¡Qué digo! En el Liceo entero, estoy segura. ¿Por qué nadie me reconoce?

-Hija mía- trataba de consolarla el Padre Willbrand-, Mateo 4:4- Tamara esperó- *“Escrito está: No solo de pan vive el hombre”*.

-Ya, pero, Padre, de algo debe vivir el hombre.

-De la palabra de Dios.

-¿Y un poco de fama no? A veces eso es mucho más gratificante que Su palabra.

-Ah, ¿pero es eterna?

-Pfff- la joven abrió la ventana y miró hacia la ciudad nublada, en una mezcla de otoño y smog.

Adoraba al Padre Willbrand. Tenía que hacerlo, si no ¿con quién más hablaría?, pero detestaba cuando se hacía el cura de verdad y sus consejos perdían el alcance terrenal.

-Es tan injusto- bufó, volviendo a entrar-. ¡Qué trampa!- gritó, sentándose en un banquillo cercano- Jomei tiene un papá y una mamá brillantes, una casa bonita, amigos, los profesores lo aman, ¿para qué quiere mis notas? Eso es lo único en lo que yo destaco, ¿por qué debe tenerlo él igual? ¿Por qué a él le toca la vida perfecta?

El Padre Willbrand suspiró, tomando asiento: -El pasto del vecino siempre se ve más verde, ¿has escuchado esa frase?

-Sí- contestó Tamara, cruzándose de brazos.

-¿Qué te parece?

-Que es mentira.

-Muy bien...

-Que es mentira- siguió ella, sin escucharle-, porque mientras yo sí que tengo el pasto, Jomei tiene un maldito jardín japonés. Ay, perdone, Padre- se cubrió el rostro con las manos, al borde de las lágrimas-. Perdone, pero es que... no quiero perder.

-¿Perder qué?

-¡Quién soy! Si no soy la mejor, ¿quién soy yo?

-Tamara...

-¿¡Qué debo hacer?!

-Bueno, ante todo- reflexionó el Padre-, seguir el camino del Señor. Confía en Él y todo saldrá bien.

Aquello no convenció a Tamara, pero quiso creer y tener fe. Salió esa mañana de la capilla mirando al cielo, entregada al Ser Superior, y todo fue de mal en peor. A final de año, en la ceremonia de premiación, fue Jomei quien se ganó el diploma al mejor promedio.

Deshecha y cabizbaja, con el peso de las miradas de sus compañeros sobre ella, Tamara deseó esconderse bajo tierra ante el espectáculo, y aún más cuando Martín, sentado frente a ella, se volteó para decirle:

-Te lo advertí.

Y eso fue suficiente para que ardiera Troya en su corazón, con un fuego que acabaría por hacer cenizas su alma.

Tras ese fatídico año, Tamara se decidió a no entregar su puesto como sabelotodo de la generación y se dedicó a estudiar día y noche, como condenada, hasta superar a Jomei y reivindicar su nombre para la posteridad. Nada de fiestas, nada de amigos. No, prefería quemarse las pestañas, porque el prestigio era más importante y así, se desgastaba, incluso en vacaciones, buscando ser mejor para conseguir nada. Porque lo cierto era que, por más que se dedicara, Jomei seguía siendo el mejor y por si su paranoia no le bastara, la joven tenía a Martín como diablillo al hombro, recordándole sus fracasos cada vez que el "chino" la superaba.

¿Qué ganaba Martín con esas simpatías? Nada.

¿Por qué lo hacía? Pues porque le nacía y prefería eso antes que prestar atención o hacer algo con su vida. Su promedio era rojo como su apellido y solo pasaba de curso por el dinero que su padre ofrecía a final de año al colegio para que no lo atrasaran. Mas pasó que en la última reunión de segundo medio, al constatar el miserable rendimiento de su hijo, don Faustino Rojas decidió que un vástago así no podía ser digno de su prole y se puso firme por primera vez en su vida:

-Esto es una vergüenza, Martín. ¿Cuánto esperas que yo viva para zafarte de tus problemas? ¡Nada!- dijo, adelantándose a toda respuesta-. Ya me cansé. Esta vez pasarás de curso por tu propia cuenta. De ti depende si te atrasas o no. Hasta aquí llegó mi ayuda.

Con un promedio ensangrentado y a esas alturas del año, digamos que era poco lo que Martín tenía por hacer para salvarse. Partió con lo más simple y copió en las pruebas. Solo de flojo no lo había intentado antes y si bien con eso sus notas subieron a unos infelices cuatros, su futuro pendía de un hilo a finales de noviembre. Necesitaba un último azul para que su 3.9 en matemáticas se convirtiera en 4.0 y así,

ganar la décima que le faltaba para pasar de curso. En otras palabras, su futuro yacía en la última prueba de matemáticas, una que también marcaría para siempre a Tamara.

Ese día, Miss Bertha repartió las pruebas correspondientes a Datos y Azar, una materia que tenía al curso dividido sobre cuánto les agradaba, pero que al acabar la evaluación, todos se decidieron a odiar:

-¡Estaba imposible!- se quejó Agustina a la salida- Lo mandé todo al achunte.

-Sí- confirmó Rodríguez-, yo no supe nada.

-¿Nada?- se desesperó Martín- No, hombre, algo cacharías, ¿verdad? Al menos pa' un azul te da, ¿verdad?

-¿Para qué me copias?

-¡Rodríguez!

-No sé, Martín. Todo depende del desarrollo. La última...

-La última estaba pelúa- se le adelantó Agustina- Espantosa. Eso de mezclar combinatorias con geometría... ¡Ay, Jomi! Jomi, Jomi, Jomi... dime que en la última de desarrollo eran quince las combinaciones posibles.

-Obvio que no- contestó antes de tiempo Tamara-. Eran nueve.

-¿¡Nueve?!- se sorprendieron todos.

El asombro, el silencio sepulcral hizo que un rayo helado recorriera a Tamara de pies a cabeza.

-S-s-s-í- dudó-. N-nueve.

-Pero había que usar la fórmula de combinación- recordó Agustina.

-Sí, pero la pregunta pedía sacar el número de diagonales de un hexágono.

-Ajá- asintieron todos.

-¡Ya po'!- insistió Agustina- Una combinación.

-Sí, pero es que... Es que eso te daba las uniones posibles entre los vértices, no las diagonales. Había que restar- por primera vez se volteó a Jomei en busca de apoyo-. Había que restar- repitió, sin saber si lo preguntaba o lo afirmaba.

Jomei se irguió y tras un hondo respiro, dijo: -Yo no resté nada.

-¿Qué pusiste, Jomi?

-Quince.

Cuántos aplausos, cuánta admiración hacia Jomei. Medio mundo corrió a felicitarlo y mientras Tamara palidecía, sorprendida de su estupidez, Martín miró a Rodríguez, pasmado:

-Oye, yo no recuerdo haber puesto quince en ninguna parte.

-No- suspiró Rodríguez.

-¿No? ¿Por qué no?

-Porque me equivoqué. Debí confundirme con un signo. A mí me dio diez.

-¡Oh, no!

Martín entró en pánico y se sentó, tirándose el pelo, junto a Tamara, mientras la generación se marchaba a festejar, unos sabiendo que tendrían un azul, otros un siete y Jomei, aunque satisfecho con la prueba, algo inquieto respecto a la última pregunta.

-Qué desastre, hueón, qué desastre.

-Ni me digas. Estoy chata de esto.

-¡Tami, por la cresta, no empieces!- saltó Martín- ¡Es a mí al que van a colgar, no a ti!

-¿Qué? ¿Encuentras muy divertido eso que te ganen todo el tiempo?- se puso de pie, enfrentándolo- ¿Encuentras muy simpático tener a un tarado como tú recordándote día y noche tus fracasos?

-Ya, ya, no peleemos. Esto tiene solución.

-¿Ah, sí? ¿Cuál? ¿Puedes viajar en el tiempo?

-No...

-Ah, perfecto.

-No, pero oye- su rostro se tornó severo y sombrío-: yo no voy a repetir segundo.

Tamara lo observó de hito en hito, consternada. Tras unos instantes, Martín agregó:

-Esa última pregunta tiene el punto que me falta para el cuatro y no voy a perdérmelo.

-¿Qué piensas hacer?

-La Bertha guarda las pruebas en el locker...

En ese instante se oyó un tintineo de llaves y unos tacos.

Como si ya estuvieran cometiendo el crimen, Martín y Tamara se escondieron tras la pared y observaron a Miss Bertha salir de la sala de profesores acompañada solo de su bolso, rumbo al estacionamiento.

-La vieja se fue. Vamos.

-No puedes robártelas.

-¡Obvio que no, Tami! Cómo se te ocurre. Solo voy a cambiar las respuestas y chao.

-Pero, Martín...

-Oye, yo voy a hacerlo- insistió y sus ojos negros no mentían-. Lo que te ofrezco es acompañarme y vengarte de Jomei.

Tamara calló y por instinto dijo: -N-no es correcto.

-Como quieras.

Y antes de que Martín saltara a la aventura, Tamara lo tomó del brazo. Al levantar la vista, una pérfida sonrisa se dibujó en su rostro y la gozó.

-Te acompaño.

Bajaron a la sala de profesores. Era tarde, a esas horas ya no quedaba nadie en el colegio, y entraron. El auxiliar, don Miguel, pasaba la mopa por el piso a esas horas y Martín, con su característico descaro, fue derecho hacia él y le dijo que lo necesitaban en el gimnasio.

-Voy en un rato.

-No po', Miguel- insistió Martín-. Riquelme lo está pidiendo ahora, ¿no ve que un cabro chico vomitó? Sí, sí. Le dieron el manso pelotazo en la guata y dejó todo vomitao el piso. Si deja que se seque le va a costar un mundo sacarlo después. Vaya ahora, mejor.

Don Miguel mojó la mopa y, enfurruñado, tomó el carrito rumbo a la salida: - Estos niños y sus cosas. ¿El gimnasio, entonces?

-Sabe qué, no me acuerdo bien. Creo que era en la cancha de arriba.

-¿La primera o la segunda?

-Oh, me pilló. Pero vaya por ahí. Busque a Riquelme y él le dirá al tiro.

El auxiliar resopló y se marchó. Tamara se escondió al verlo pasar y apenas él desapareció, Martín se deslizó hacia los casilleros, sacó un alambre de su bolsillo y comenzó a abrir el cerrojo.

-¿Y eso?

-Soy un hombre de recursos. No por nada somos el único curso con la sala siempre abierta.

Tamara puso los ojos en blanco al tiempo que se oyó un ¡click! y las pruebas se desparramaron fuera.

-Bertha, Bertha, Bertha, qué desastre de mujer- canturreó Martín-. Dale, busca la tuya, aquí ya pillé la mía.

Sacaron lápiz y goma y se pusieron a cambiar sus respuestas. Tamara no paraba de mirar sobre su hombro, segura de que alguien los espiaba. Martín, por su parte, no le temió a nada. Cambió el resultado a lo que Jomei había puesto y volvió a guardar su prueba.

-Eso sí- le dijo a Tamara cuando ella terminó-, hay que hacer lo mismo con el resto.

-¿Cómo?

-Si tú lo tienes bueno como los otros ¿qué sentido tendría? No po', lo que tienes que hacer es ponerte tú lo bueno y ponerle a todos los demás lo malo.

-Pero, Martín...

-¡O sea, te digo! Si no, ¿cómo va a parecer que eres tú la brillante?

-Pero cuando los demás se den cuenta de que pusieron otra cosa...

-Tami, el único que con cuéa se va a acordar del resultado de verdad va a ser el chino.

-Nos demoraremos un siglo...

-Ya, ya, yo te ayudo.

Y sin oponer resistencia, Tamara aceptó el trato. Imitó la letra de cada uno de sus compañeros y cambió los desarrollos por el suyo. Alteraron todas las pruebas, menos la de Rodríguez. Al verla, Tamara vaciló.

-Pongámosle lo de Jomei a Rodríguez.

-No, no, no- Martín le arrebató la prueba de las manos-. No, a él no le hagamos nada.

-Pero...

-¡Nada, Tami, nada! Ya, mira, la guardé. Chao con su prueba.

Aquello hizo que Tamara se arrepintiera. Martín era un tramposo absoluto y quiso protestar. Es más, quiso deshacer toda la maldad que habían hecho y se hubieran puesto a discutir de no haber regresado Miss Bertha.

-Verdá que a esta siempre se le queda algo. Escóndete, vamos.

Martín cerró el casillero. Le dio una patada para "sellarlo", aunque claramente no era lo mismo que si tuviera el pestillo puesto y ambos se escondieron dentro de un closet cercano. Desde ahí oyeron a Miss Bertha agitar las llaves y chasquear la lengua:

-¡Bah!, se me olvidó ponerle la llave. Si seré distraída.

Colocó o sacó algo, los chicos no pudieron saberlo y se marchó.

A partir de ese día, Tamara estaba histérica. No podía comer, estudiar ni dormir y todo la asustaba.

Estuvo toda esa semana con el corazón palpitándole en la garganta. Al ver a Miss Bertha creía divisar su enojo, su reproche y en clases, temblaba al verla ejecutar cualquier movimiento nuevo, extraño, que indicara que sabía de la trampa. Desde su crimen, Tamara aguardaba por un reto que jamás llegaba, mientras Martín, contento, vivía tranquilo sus días. Es más, él la saludaba como a un igual, ¡un igual! Siendo que siempre habían sido el Ying y el Yang.

-Tendré sus notas mañana- anunció Miss Bertha el segundo miércoles después de la prueba-, aunque ya les advierto que me llevé una sorpresa.

-¿Buena o mala?- preguntó Agustina.

-Lo sabrán mañana.

Al día siguiente, Tamara llegó muy temprano a la capilla del Padre Willbrand y cayó de rodillas ante él, delatada por su conciencia.

-Padre, he pecado.

-Hija mía...

-No, Padre, lo digo en serio.

El Padre Willbrand la levantó y la sentó a su lado en el banquillo, invitándola a confesarse con su voz apacible. Lo que escuchó lo dejó atónito.

-No me mire así, Padre.

-Hiciste algo muy feo, Tamara.

-Lo sé. ¡Lo sé! Lo siento.

-Y todo esto por envidia.

-Ya sé. Ya sé, Padre, ya sé. Usted no entiende... le prometo que esto me duele. Me duele más que todo lo demás. Me voy a sacar un siete, pero ¿qué significará eso? ¿Qué soy la mejor? ¡No! Usted tenía razón: las notas no dicen, jamás lo han hecho, quién soy. ¡Cómo lo siento!

-Ya, hija- la consoló el Padre Willbrand, compadecido-. Has sido perdonada.

-No, Padre, no me perdone así como así. ¿Qué he de hacer? Lo tengo que arreglar de alguna forma.

-Debes decir la verdad.

Tamara palideció: -No. No puedo, Padre.

Y él suspiró. Se lo esperaba.

-¿U-u-usted...?- Tamara se asustó- ¿usted no me delatará, o sí?

-Me temo que no puedo. Secreto de confesión.

-Ya, gracias, Padre. Mire, en verdad me arrepiento, pero no puedo decir lo que hice. No quiero que me expulsen. Esto sí que sería una vergüenza.

-Bueno. Tú sabrás, aunque Dios sabe mejor.

-Sí, sí. Ya, Padre, me voy. Prometo nunca volver a dejarme llevar por nada. Prometo ser una santa.

-Bueno, hija. Ve con Dios.

-Sí, sí.

Tamara salió de la capilla temblorosa, pero algo más ligera de espíritu. Con el perdón, la esperanza regresó a ella y mejor, pues aunque lo que había hecho era atroz, sentía que a partir del desastre podría reconstruir su vida para ser una jovencita más justa y correcta, más limpia de sentimientos y corazón.

Así, restablecida en lo moral, se sentó en su puesto.

-Ordénense, por favor- solicitó Miss Bertha, entrando con las pruebas en la mano.

El curso obedeció con letargo mientras que Jomei se detuvo en la mesa de Tamara.

-¡Hola!- lo saludó ella, con más cordialidad que nunca-. ¿Cómo estás, Jomei?

-Bien, bien. Hey, solo quería decirte que tenías razón.

Tamara pestañeó, confundida: -¿Razón en qué?

-Asiento, niños- pidió Miss Bertha y Jomei se apuró:

-No me he podido quitar el ejercicio de la cabeza y me di cuenta que tenías razón. La respuesta era nueve. Sí había que restar.

-Jomei, asiento.

-Uy, retaron a Jomi.

-¿Chino?- lo molestó Martín- ¿Llamándote a ti la atención? Uyuyuy...

Jomei se marchó.

Tamara tenía los ojos como platos y se le agrandaron más todavía cuando la profesora, conforme entregó las pruebas, dijo:

-Quería felicitarlos. El último ejercicio de combinatoria estaba difícil, pero veo que todos ustedes lo hicieron bien. Solo tres personas en el curso lo tuvieron malo.

Tu prueba, Rodríguez- se la entregó-. La tuya, Tamara- la joven la tomó sin mirar-. Lo siento, Martín.

Y sin recibirla, Martín lloró.

Mónica Menéndez